

NARRATIVA DE CORDELIA

219

Vallekas 2084



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Alejandro M. Gallo, 2025

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2025

Cubierta: Fotografía aérea del Puente de Vallecas, de Michiel1972

IBIC: FLC | Thema: FLP

ISBN: 979-13-87599-18-8

Depósito legal: M-27464-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Edición: Sergio Casquet

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Vallekas 2084

Alejandro M. Gallo



Índice

CAPÍTULO 0	
La misión	13
CAPÍTULO 1	
Destino: Madrid	27
CAPÍTULO 2	
Comienza la caza	35
CAPÍTULO 3	
Vallekas Resistente	43
CAPÍTULO 4	
Noche previa	55
CAPÍTULO 5	
«Kas»	71
CAPÍTULO 6	
El templo	83
CAPÍTULO 7	
Recordando Vallekas	97
CAPÍTULO 8	
La persistencia de una duda	105

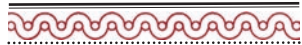
CAPÍTULO 9	
La pesadilla	III
CAPÍTULO 10	
La conspiración latente	123
CAPÍTULO 11	
Regreso al pasado	131
CAPÍTULO 12	
Base naval de Kodiak	139
CAPÍTULO 13	
Entrada en Utopía 20AB	149
CAPÍTULO 14	
Escapar de Utopía	163
CAPÍTULO 15	
En Utopía 20AB	179
CAPÍTULO 16	
Buscando respuestas	191
CAPÍTULO 17	
La falsa Utopía	203
CAPÍTULO 18	
Demasiados interrogantes	215
CAPÍTULO 19	
Los estercoleros de Vallekas	225
CAPÍTULO 20	
El <i>chidint</i>	237
CAPÍTULO 21	
Sin remordimientos	249
CAPÍTULO 22	
La Valeta fue clave	261
CAPÍTULO 23	
Ensayo final	269
CAPÍTULO 24	
El documento tibetano	281

CAPÍTULO 25	
El asalto	293
CAPÍTULO 26	
El cerco se estrecha	299
CAPÍTULO 27	
Los Ases de Picas	309
CAPÍTULO 28	
Visita a la Tata	319
CAPÍTULO 29	
De nuevo en Utopía 20AB	327
CAPÍTULO 30	
La tensión de McRae	337
CAPÍTULO 31	
Las sospechas de Da Costa	349
CAPÍTULO 32	
Indicios	359
CAPÍTULO 33	
La sombra de la muerte	371
CAPÍTULO 34	
El enigma del comisario Torres	379
CAPÍTULO 35	
Sangre nueva	385
CAPÍTULO 36	
La llamada del padre Berger	393
CAPÍTULO 37	
Nadie os salvará	399
CAPÍTULO 38	
Falsa alarma	405
CAPÍTULO 39	
En busca de Carla	413
CAPÍTULO 40	
El regreso de McRae	419

	CAPÍTULO 41	
Vallekas bombardeada		425
	CAPÍTULO 42	
La deriva		431
	CAPÍTULO 43	
Tragedia		437
	CAPÍTULO 44	
Síndrome Konrad A. Nietzsche		443
	CAPÍTULO 45	
Hetty recuperada		449
	CAPÍTULO 46	
Da Costa encadenado		455
	CAPÍTULO 47	
La fuga de la Tata		459
	CAPÍTULO 48	
Día de la Liberación		461



A José Martínez Fuertes,
el héroe que arriesgó su vida para salvar la mía



Este libro es un informe
enviado desde
un campo de batalla

ZYGMUNT BAUMAN
*Does Ethics Have a Chance
in a World of Consumers?*

CAPÍTULO 0

La misión

AL CREPÚSCULO una docena de rayos resquebrajaban el rojo ceniciento del cielo anunciando lluvias de gran intensidad. Desde el Gran Derretimiento de los Polos (GDP), el final de cada día apenas variaba del anterior: la temperatura y la humedad se incrementaban como paso previo a los truenos y a que el firmamento pareciera desplomarse sobre el planeta. Desde hacía más de medio siglo, las inundaciones seguían a grandes sequías y estas a otras inundaciones, los océanos se acidificaban más cada año y aumentaba la liberación de dióxido de carbono; la migración de especies y la pérdida de kilómetros de costa sumergida bajo unas aguas cada vez más putrefactas fueron algunas de las constantes que trajo consigo el GDP.

Las grandes avenidas, las enormes zonas verdes y los monumentos centenarios quedaban reducidos a bisutería de saldo ante la gigantesca semiesfera ambarina construida por la Coumenn Corporation, que se erguía ufana en el extrarradio de la metrópolis sin insertarse en la arquitectura previa de la urbe, como si les dijese al Capitolio, a la Casa Blanca, al National Mall: «Nada serías sin mí. La ciudad soy yo».

Muchos habían olvidado los inicios de la cúpula de la Coumenn; los más jóvenes afirmarían que su origen coincidía con la fecha de fundación de la ciudad, casi tres siglos atrás. Fuera como fuese, sus mil quinientos pies de altura hacían sonrojar a los quinientos del vetusto Monumento a Washington, y sus cerca de diecinueve mil acres de superficie volvían al National Mall un simple jardín familiar.

Pocos sabían qué ocultaba en su interior aquella gigantesca semiesfera; solo los elegidos traspasaban sus accesos, que ni misiles de corto o medio alcance habrían derribado. Lo único en que coincidían todos era en que desde esas instalaciones se dirigían los tentáculos —extendidos hacia todos los continentes— de la Coumenn Corporation, la multinacional que había rescatado al mundo occidental de la grave crisis económica, social y sanitaria que asoló su sistema décadas antes, condenando a la Tierra a la hambruna y las pandemias, en tanto los gobernantes no supieron ofrecer soluciones.

A partir de entonces, cuando la Coumenn Corporation asumió los destinos de la humanidad, comenzó el período New Reality, como les gustaba llamarlo a los más entregados a la causa: un nuevo orden, un nuevo estado y una nueva religión.

Aquel día 2 de mayo del año 60 de la New Reality (correspondiente al 2084 del olvidado calendario gregoriano), el color rojizo de wéstern —el propio del New World, como les habían enseñado en el colegio— se apoderaba una vez más del cielo del antiguo Washington DC, ahora renombrado Utopía OIAZ.

Bajo el atardecer, las puertas blindadas del cerco perimetral se abrieron para dejar paso al vehículo blindado de transporte militar 6x6, el nuevo Humvee-Omega, con la estrella blanca de cinco puntas en los laterales negros. Del 6x6 bajaron dos figuras uniformadas: la primera, fibrosa y alta, era el general de dos estrellas Warren Mendoza, jefe carismático de la

Brigada Génesis, laureado hijo de la patria, descendiente de los antiguos pobladores apaches que había abrazado la bandera de las barras y estrellas. La segunda, atlética y de piel morena, con barba de tres días, era el recién ascendido teniente coronel, el joven y prometedor Robert McRae, gran esperanza blanca del Ejército del New World desde que asumiera el mando de los comandos Alfa. Mendoza y McRae compartían haber concluido con éxito todas las misiones encomendadas en defensa de los intereses de la Coumenn Corporation, además de no mostrar escrúpulos ante las leguas de sangre y cadáveres esparcidos por cualquier territorio. Uno y otro se comportaban como el padre y el único heredero de una hacienda muy particular: el infierno.

Un par de soldados se cuadraron ante ellos, llevando la mano derecha a la gorra y pronunciando al unísono: «A la orden, señor». Mientras tanto, una teniente de talle esbelto, ojos negros, cejas anchas y moño se acercó a los recién llegados y también se cuadró.

—Teniente Madison, señores. Soy su guía. Acompañenme, les esperan en el Consejo de Dirección de la Coumenn Corporation.

El general Mendoza y el teniente coronel McRae siguieron a la oficial. Mientras caminaban, McRae alzó la vista. La semiesfera se presentaba ante ellos como una gran montaña amarillenta, coronada por las siglas CC. En la cúspide aterrizaban continuamente helicópteros y despegaban aviones de tonelaje medio.

Ninguno de los dos necesitaba que le explicasen la razón de la cita. Una vez más les marcarían un objetivo secreto y les impartirían instrucciones —nunca razones— para aniquilarlo.

Mendoza se volvió hacia el teniente coronel, que apretaba impaciente la mandíbula, resaltando la cicatriz que le cruzaba el rostro desde la ceja derecha hasta la barbilla.

Apenas vislumbraron el acceso a la gigantesca semiesfera, la puerta se abrió. Un largo pasillo abovedado, escoltado por soldados armados cada diez metros, se desplegó ante ellos.

—Por favor, señores.

La teniente Madison señalaba lo que parecía un ascensor, con capacidad para albergar un Humvee-Omega y un gran espejo al fondo.

—Señores, procederemos a la obligatoria desinfección.

Un gas azulado empezó a salir por las cuatro esquinas superiores del elevador impregnando el habitáculo de un olor a ozono y almendras amargas. El general Mendoza se mantenía inexpresivo. Sin embargo, McRae fruncía el ceño.

—Se trata de un desinfectante de ropa y de aire, el K-1 —informó la teniente—. Cuando salgan del ascensor, notarán que el aire es muy puro. Deben respirar con precaución para dar tiempo a que el organismo se acostumbre a la ausencia de toxinas ambientales.

La oficial arrimó su ojo derecho a una pantalla púrpura del tamaño de un paquete de tabaco, fijada en la pared del ascensor. Cuando se encendió una luz verde, pulsó el botón del número -199.

La expresión en los rostros de los recién llegados evidenciaba que, en una décima de segundo, habían calculado la profundidad a la que descenderían. Sus sospechas sobre las semiesferas amarillentas se confirmaban: la cúpula de la Coumenn Corporation no era más que la parte visible de una gran ciudad sumergida en las entrañas de la tierra: un gran iceberg amarillento y blindado que contenía una urbe desinfectada, segura, con aire y agua de una pureza absoluta, únicamente para los elegidos de la New Reality.

McRae observó de reojo su propia imagen reflejada en el espejo: el uniforme de guerra lucía impecable con su nueva

hoja plateada de siete puntas de rango de teniente coronel, y su corte a cepillo se ceñía a lo reglamentario. Apretó los dientes y abrió los labios. Le gustaba admirar su perfecta dentadura: su blancura contrastaba con la tez morena y resaltaba aún más la cicatriz que le cruzaba el rostro, un regalo de metralla en una refriega ya perdida en sus recuerdos durante la guerra en la Frontera contra los nuevos bárbaros: los King Ciborg. Sentía que aquel tajo le confería una expresión más sanguinaria. Con ella mostraba al mundo su arrojo e indiferencia ante el rastro de sangre que dejaba en sus misiones. Sabía que obedecer sin preguntar ni cuestionar era el mejor modo de sobrevivir y de escalar posiciones en una sociedad que ya no le pertenecía.

El ascensor aminoró su velocidad. Una luz roja que rodeaba la parte inferior del elevador en paralelo al suelo, fue ascendiendo alrededor de los tres ocupantes: del calzado a las gorras. En la pantalla superior de la puerta se leía «-199». La luz roja se apagó y una voz mecánica informó: «Desinfección realizada. Acceso permitido». Las puertas se abrieron.

—¡Qué curioso, mi general! —exclamó McRae—. Este aroma que ahora respiramos me ha hecho recordar el césped recién cortado de los jardines de los vecinos de mis abuelos en los que, cuando era niño, me dejaban corretear con los perros.

—Más extraño es si le dijese que a mí me ha ocurrido igual —dijo el general Mendoza—. Me ha transportado al aire puro y la brisa de las cumbres y espacios abiertos del Monument Valley, en mi querida y lejana Arizona.

—A lo mejor se trata de esa sustancia que...

—Con su permiso, mi general —interrumpió la teniente—. Si no le importa voy delante para mostrarles el camino.

Mendoza asintió. Apenas apoyó la mujer un pie en el suelo del pasillo, se iluminó una tenue luz azulada, a la que siguieron

otras que se iban encendiendo tres metros por delante. El general y el teniente coronel caminaban con paso firme. Conforme avanzaban sobre las baldosas beis de material ignífugo, las luces que dejaban detrás se iban apagando, gracias a los sensores. El círculo alumbrado que rodeaba su marcha les convertía en un blanco fácil, se dijo McRae. Observó atentamente las aristas del techo. «Cámaras diminutas provistas de infrarrojos», concluyó para sí.

—Mi general, ¿conoce algún detalle de la nueva misión?

—Estoy igual que usted —respondió Mendoza, con gesto inexpresivo, sin apartar la mirada del frente.

McRae balbuceó:

—No entiendo...

—Solo sé que le han llamado para informarle directamente de la misión, al parecer de vital importancia. A mí me han convocado para que le facilite los medios humanos y materiales para ejecutarla con éxito.

Al final del pasillo se toparon con una puerta blindada que les impedía el paso. La teniente acercó su ojo derecho a la pantallita de la pared para que el lector reconociera su iris. La luz verde se encendió y habilitó el acceso.

Se adentraron en una sala circular vacía, que parecía una vieja pista de baile. Del techo colgaba un proyector de hologramas marca Coumenn. Las imágenes tridimensionales de todos los presidentes de la nación del Old World cubrían el perímetro de la sala. En una plataforma alta y algo apartada, se proyectaba una iconografía de Donald Trump como el gran guía espiritual que había inaugurado la Edad de Oro, dando paso al New World para la humanidad.

De pronto, las imágenes desaparecieron y se encendieron las luces. Se hallaban en medio de un enorme cilindro de cristal oscuro, sobre el que se proyectaba la hora: las 19:00.

—Sítúense aquí, por favor —les indicó la teniente, señalando la plataforma.

Los dos hombres, con las manos a la espalda y los pies separados cuarenta centímetros, obedecieron.

Cuando el reloj marcó las 19:01, una luz vaporosa se encendió y descubrió las siluetas de diez personas sentadas detrás del cristal, separadas entre sí por tres metros. Aunque las caras permanecían en penumbra, se distinguían las figuras de cuatro hombres y seis mujeres.

El New World había aprendido del pasado: a los dirigentes del mundo no se les conocía rostro o filiación. Las élites perfectamente identificadas resultaban un blanco fácil, no solo para los terroristas, también para las multitudes indignadas, enfermas y hambrientas, a las que temían aún más.

Una de las siluetas que se vislumbraba era la de un hombre calvo, fumador. McRae advirtió que cuando expulsaba el humo no se expandía, sino que ascendía para desaparecer enseguida, lo que indicaba que cada una de esas personas —o sus imágenes— se hallaba dentro de un cilindro transparente que los separaba de los demás.

—Bienvenidos a la Corporación... —les saludó una voz distorsionada que parecía provenir de la última figura de la derecha, un hombre encorvado de nariz aguileña—. Tenemos una misión que encomendarles...

—Estoy impaciente por saber a quién hay que liquidar —susurró el joven McRae al general, exhibiendo sus dientes, ferozmente apretados.

El reloj marcó las 19:03 y la voz escupió:

—General, enseñe a su pupilo a permanecer callado hasta que se le solicite su opinión.

Mendoza apenas se giró hacia McRae para lanzarle una mirada cortante. El teniente coronel reclinó la cabeza y, con un gesto

casi imperceptible, presionó un botón del cinturón que hizo aparecer una tenue luz en su pecho, que indicaba que había conectado la cámara de grabación.

—Señores, observen el Hologram.

En medio de la sala se desplegó la figura tridimensional de un hombre con uniforme naranja, muñecas y tobillos engriletados. Llevaba la cabeza afeitada y tenía hombros anchos, además de lucir una barba densa. Escortado por cinco guardias, caminaba por una galería. Sin duda se trataba de un corredor de la muerte de un presidio perdido en algún lugar de la Tierra.

Sobreimpresos sobre la imagen surgían los datos personales del reo. El teniente coronel no prestó atención al nombre completo, aunque distinguió «Da Costa». Su mirada se centró en el resto: «... Estatura: 73 pulgadas. Peso: 195 libras. Masa corporal... Profesión: Expolicía... País de nacimiento: Antigua España, actual Provincia Tercera de West-Europe».

—Esa imagen, señores —continuó el hombre encorvado de nariz aguileña—, es de 2023. Está tomada en la antigua prisión de máxima seguridad ADX de Charlotte Amalie para presos altamente peligrosos.

La memoria eidética de Robert McRae registró el perfil. Al instante, el holograma de la galería desapareció y dio paso a otro.

—Ahora fíjense en el individuo que hace dos semanas pasó los controles de seguridad del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, el Trump Airport.

La secuencia mostraba a un hombre con pelo corto y barba de unos días, con cazadora negra y pantalones vaqueros, que llevaba una pequeña mochila militar. Sobre su figura fueron apareciendo datos casi idénticos a los anteriores. Todo coincidía, excepto el nombre.

—Han pasado sesenta y un años entre las dos imágenes. Sin embargo, parece la misma persona —murmuró el general Mendoza.

La lectura del *chidint* indicó que se trataba de Peter Winslow, un agente federal destinado en Boston, que al parecer estaba siendo investigado por corrupción.

En el holograma grabado por las cámaras del aeropuerto se podía ver cómo el agente de seguridad pasaba el lector portátil sobre el antebrazo del sujeto y leía su Chip de Identificación Internacional: «Peter Winslow, peso 195 libras, estatura 73 pulgadas, raza blanca...».

—La coincidencia de rasgos físicos por sí misma no sería extraña —prosiguió la voz—, si no fuera porque el cadáver de Peter Winslow apareció ayer en un callejón de Los Ángeles. Su autopsia reveló que llevaba muerto varias semanas y no portaba su chip identificativo. El hombre de la imagen voló de Los Ángeles a Nueva York con el *chidint* de Peter Winslow.

Los dos militares pasearon sus miradas alrededor de la imagen tridimensional.

—¿Alguna pregunta?

—Desde que los chips sustituyeron a los carnets y pasaportes —dijo el general—, se han dado casos aislados de robo. Sin embargo, el control GPS ha permitido la localización y la detención casi inmediata de los delincuentes.

—Este caso estaba muy preparado —le contestaron detrás del cristal—. Peter Winslow comenzaba sus vacaciones. El asesino, de complexión similar, recorrió la ruta prevista del policía.

—O sea, sospechan que tenía previamente vigilado a Winslow. Lo mató, le extrajo el *chidint* para implantárselo y ocultó el cadáver antes de seguir el mismo itinerario del policía de Boston.

—Así es.

—¿Y por qué no acudir al mercado negro de *chidint*?

—Eso lo tendrán que averiguar ustedes.

El teniente coronel McRae alzó la mano. La voz le concedió permiso para hablar.

—Si todos los plazos señalados son correctos, desde la hora de la muerte de Winslow a esta imagen del supuesto Da Costa en el aeropuerto, no han pasado más que unos días. Y si esos aparatos se tienen que insertar a cinco milímetros bajo la piel, en ese tiempo la herida jamás podría haber cicatrizado completamente. Y en la imagen no se nota ninguna lesión.

—Muy perspicaz, teniente coronel —intervino la voz—. Ese es justamente uno de los indicios que nos hacen sospechar que el recluso del corredor de la muerte y el individuo del aeropuerto son la misma persona.

—Pero... —el general sacudió la cabeza— han transcurrido seis décadas. Ese recluso hoy tendría más de cien años. Es imposible que...

—Si me lo permiten, cederé la palabra al delegado internacional de Sanidad —dijo la voz.

Se oyó un carraspeo y otra voz de timbre aún más mecánico comenzó a hablar:

—Ustedes no se acordarán, pero habrán leído algo...

McRae se percató de que la única mujer gruesa del grupo encendía lo que, a la distancia, parecía un cigarro o un vaporizador. El humo o vapor perfilaba sus facciones de forma difusa: pelo lacio hasta los hombros, cara redonda, pequeña barbillas sobre una papada enorme...

McRae supuso que se hallaba ante la *Chief Executive Officer* de la Coumenn Corporation. En alguna ocasión la había visto en los noticiarios televisivos junto a los representantes de la nación. Y de ser cierto que era la CEO, aquello

confirmaba que la misión era vital para los dirigentes de la New Reality.

—Entre los años 2019 y 2020 de la Antigua Era una grave crisis sanitaria provocada por un coronavirus, el Covid-19, inundó el mundo. A esto se unió una grave crisis financiera que hundió en la miseria a millones de ciudadanos. Los recortes en medicamentos y sanidad impidieron la asistencia médica a la mayoría. Las enfermedades se extendieron en los años posteriores, alcanzando el nivel de pandemia, los virus mutaron a una velocidad mayor que aquella en que se iban descubriendo las correspondientes vacunas. Eso, sumado a la falta de agua potable en más de medio mundo y al resquebrajamiento repentino de la capa de ozono, provocó una situación muy similar a la que, en los textos antiguos que ustedes seguramente vieron en las clases de Historia del colegio, se denominaba el Apocalipsis...

Mientras escuchaba, McRae se fijó en la silueta del delegado internacional de Sanidad: era atlética, propia de alguien que cuidaba su cuerpo.

—En aquellos tiempos —prosiguió la nueva voz—, los laboratorios investigábamos una medicación que potenciara sustancialmente el sistema inmunológico. A finales de 2024, con la elección de Donald Trump como emperador de los Estados del Norte y el nacimiento del New World, lo logramos. Lo habíamos probado en ratones y chimpancés con resultado excepcional, pero no en humanos. Con el visto bueno del fiscal general y de la Corte Suprema, se ofreció a los condenados del corredor de la muerte conmutar su ejecución si se presentaban voluntarios. Cuarenta y tres reclusos accedieron, pero la prueba resultó un fracaso: todos murieron. O eso creíamos...

McRae dirigió con disimulo una mirada a la casi imperceptible luz del visor de su pecho. La cámara seguía grabando.

—Parece —prosiguió la voz con un ritmo más pausado— que uno de ellos consiguió escapar durante el tratamiento, hecho que se mantuvo oculto a las autoridades de la prisión. Nunca fue encontrado. Se trata del hombre de la primera imagen.

—A ver si lo entiendo —intervino el general—. ¿Ustedes creen que ese reo fugado hace sesenta años es la persona que asesinó al policía federal y aparece en las imágenes del aeropuerto de hace apenas unos días?

—Sí —confirmó la primera voz.

—Es imposible —dijo el general—. Han pasado sesenta años. No puede ser el mismo.

—Verá —continuó el delegado de Sanidad—, no olvide que se fugó después de participar en nuestro experimento. Si tuvo éxito en este sujeto, su sistema inmunológico será casi perfecto: su envejecimiento será muy lento, casi inapreciable. Es más, cualquier herida sanará en segundos y será inmune a virus, bacterias y, por supuesto, a cualquier mutación de esos gérmenes.

—De ahí que tras implantarse el chip la piel ya no muestre marcas —masculló el teniente coronel.

—Es lo que creemos.

—Aun así tengo una duda —dijo el general—. Los actuales chips son personales e intransferibles. Implantarse el de otra persona provocaría convulsiones, vómitos y hemorragias internas, que llevan a la muerte inmediata. ¿La inmunidad adquirida por el sujeto también cubriría estos extremos?

—Eso aún es un misterio para nosotros.

—Existe una forma de asegurarse de su identidad —argumentó el general—. Amplíen las imágenes y comparen sus huellas dactilares y el registro del iris.

—Ya lo hemos hecho. Son la misma persona.

La sala quedó en silencio. McRae dirigió una rápida ojeada hacia las sombras detrás de la cristalera y lanzó una pregunta:

—¿Cuál es entonces la misión?

—Traerlo ante nosotros —respondió la primera voz.

—Los datos para... —retomó el general, pero la misma voz le interrumpió.

—Toda la información será transferida a sus oficinas en la base Génesis. En cuanto lleguen a Virginia, la tendrán almacenada en los dispositivos Coumenn tridimensionales y holográficos de la Brigada.

McRae se percató de que la imagen de la mujer gruesa se oscurecía hasta desaparecer.

—Nada más, señores. Suerte en la misión.

El proyector de hologramas se apagó y al instante lo hizo la luz que iluminaba el habitáculo de los miembros de la Coumenn Corporation. De inmediato regresaron los hologramas de los presidentes, con el de Trump en lugar destacado.

El general y el teniente coronel emprendieron el camino de vuelta, siguiendo de nuevo a la teniente y precedidos los tres por las luces que, a cada paso, se encendían en el corredor. En el ascensor, McRae murmuró:

—Me encantaría conocer la identidad y las vidas de esos vejestorios. Sobre todo de la CEO, la Gran Hermanita, como la llaman en las alcantarillas sociales.

—No se lo aconsejaría, teniente coronel —dijo el general, tragando saliva—. Si eso ocurriese, debería ordenar a otro comando que lo liquidara a usted y a sus hombres.

McRae sacudió la cabeza como si un escalofrío le hubiese recorrido la espalda hasta la nuca. No volvió a hablar hasta que traspasaron las puertas del edificio.

Ya en el exterior, la teniente se despidió de ellos y los dos uniformados subieron al Humvee-Omega para dirigirse a la base Génesis, en Virginia.

—¿Por qué grabó la reunión con la dirección de la Corporación? —preguntó el general, rompiendo el silencio en el interior del acorazado.

—Es una regla básica de supervivencia que aprendí en primera línea del frente. «Por si acaso».

Al cabo de un rato, al pasar junto a las tapias del cementerio en el condado de Arlington, McRae suspiró, al evocar la imagen de carruajes tirados por seis caballos blancos, portando ataúdes cubiertos por la bandera y la llama eterna al lado de las lápidas, como en el sepulcro de John Fitzgerald Kennedy. Creía que un honor semejante era el destino más alto al que podía aspirar. Antes de enlazar con la antigua interestatal 95, rompió el silencio:

—¿Por qué les interesa tanto ese tal Da Costa?

Mendoza no respondió. Su mirada se perdía en el horizonte enrojecido del ocaso, donde solo se adivinaban, a lo lejos, las cúpulas de los gigantescos robles palustre americanos en el Cementerio Nacional de Arlington.

McRae volvió a intentarlo:

—Mi general, no han especificado si quieren que a ese sujeto lo traiga vivo o muerto.

El general carraspeó.

—Tengo la impresión de que les da igual.

McRae dirigió una fugaz mirada a la luneta trasera del vehículo. Al fondo, aún se distinguía la cúspide de la esfera amarilla. Se alegró de alejarse de aquella construcción, cuya arquitectura de repente se le antojaba vagamente malvada. Y esa reunión nada bueno parecía presagiar. Más bien todo lo contrario.

CAPÍTULO I

Destino: Madrid

EL FALCON-BOEING 303 de la Coumenn Corporation era el avión de transporte de pasajeros más grande del mundo, con capacidad para millar y medio de persona. También era el más veloz, lo que permitía realizar el trayecto entre las antiguas metrópolis de Nueva York y Madrid en apenas cuatro horas.

Una de las azafatas empujaba un carro de refrescos y agua azucarada por el pasillo del tercer piso y anunciaba a los pasajeros que quedaban dos horas para arribar a la Terminal 10^a de Barajas-Musk.

—¿Le apetece tomar algo, señor? —preguntó a un pasajero sentado junto al pasillo que se hallaba absorto en la lectura de un libro de papel.

El hombre alzó la vista y contempló el gesto cansado de la azafata. Sonrió y negó con la cabeza. El niño que tenía sentado a su lado le dijo a su madre:

—Mamá, cojo un refresco de naranja.

—Cóbrese también otro para la pequeña —dijo la madre a la azafata señalando a la chiquilla sentada entre ella y el crío.

La azafata entregó las bebidas a los niños y la madre extendió el brazo, exhibiendo el dorado Aerowatch de pulsera para que se cobrase.

El pasajero cerró el libro y los observó: entre sorbo y sorbo, sus pequeños dedos se desplazaban con fluidez por la pantalla del respaldo del asiento delantero eliminando con armas de la Coumenn alienígenas y monstruos terribles que amenazaban a la humanidad.

La monotonía del vuelo hizo que el hombre cerrara los párpados mientras sonaba en su cabeza, como una nana, la inmortal *Milonga de los perros* de La Chicana:

Acá debe de haber un puerto

...

Y Dios miraba el mundo por los ojos de los perros hambrientos, reos y ariscos que husmean por este puerto

....

Un reo recién liberado

canta un tango con buena gola

Y baila en el empedrado sus seis años de gayola

...

No habría sabido decir cuánto tiempo después sintió que algo sacudía uno de sus brazos.

—Señor, señor, despierte.

—¿Qué ocurre, chaval?

—Me llamo Pedro.

—Perdona. ¿Qué pasa, Pedro?

—Tenía una pesadilla, señor. Repetía todo el rato algo así como: «Destruir Kein Platz».

El gesto del hombre se endureció. Tras unos instantes, pasó la mano por el pelo del muchacho revolviéndoselo y le agradeció que le hubiera despertado.

«Kein Platz». La puta pesadilla desde hacía sesenta años. Hasta le parecía oler aquel hedor a carne quemada y oír los gritos de súplica, el último suspiro de los vivos antes de la entrada en el infierno. Apretó con fuerza la mandíbula. Cada vez que aquellos recuerdos dominaban sus sueños, más se afianzaba en él la necesidad de barrer de la faz de la tierra cualquier rastro de Kein Platz.

Desplegó con calma la pantalla de su asiento y pinchó en buscadores. En seguida apareció Coumenn, la primera opción incorporada en la búsqueda. Tecleó «España» y leyó la primera entrada: «Nombre que recibía en el Old World la actual Tercera Provincia de West Europe... Junto a Portugal, formaba la península más grande de Europa, denominada Península Ibérica... El deshielo de los polos y las incesantes tormentas en los últimos sesenta años han provocado la subida del nivel del mar en varias decenas de metros, lo que ha afectado a todos los territorios y países... Las zonas de costa de la antigua Península Ibérica quedaron sumergidas... Antiguas comunidades como Galicia, Asturias, Cantabria, Cataluña, País Vasco, Comunidad Valenciana, gran parte de la antigua Andalucía y Murcia perdieron grandes extensiones de su territorio bajo las aguas... Las antiguas islas Baleares han visto reducidos sus territorios a la mitad, al igual que las islas Canarias... La desaparición de antiquísimas ciudades como Valencia, Cartagena, Málaga, Cádiz, Bilbao.... Los ríos han incrementado su cauce en varias decenas de metros, por lo que los pueblos ribereños han sido... La población actual de la antigua España se sitúa en setenta millones de habitantes, la mayoría distribuidos en ciudades de la llamada meseta central...».

El hombre abandonó la página y volvió al buscador. Tecleó «Madrid»: «Capital de... Denominada Utopía 20AB en el New

World. Quince millones de habitantes, la mayoría habita en el Microcentro, pese a que antiguos barrios...». Leyó el resto en diagonal y retrocedió al buscador para teclear «Vallekas»: «Estado confederal de España, integrado en... Dos millones trescientos mil habitantes... Los vallekanos han difundido la creencia de que se independizaron de Madrid como Estado, si bien los documentos demuestran que en el New World fueron expulsados de la tutela de Utopía 20AB a raíz del elevado gasto social de sus habitantes y la insuficiente cuantía de sus ingresos. La autoridad central dejó a la deriva a la comunidad deficitaria... Cualquier ciudadano ha de ser identificado y filiado en Utopía 20AB para pasar al Estado Confederal de Vallekas... Un ciudadano que ingrese desde Vallekas a Utopía 20AB será considerado ilegal...».

Después tecleó «Mapa de Utopía 20AB». La metrópolis, vista desde el aire, se presentaba ante él como una enorme pizza, con una rodaja naranja en el medio, el Microcentro. Una de las porciones era el Estado Confederal de Vallekas, con vértice en el antiguo entronque del vetusto puente en la avenida de la Albufera.

Mientras el hombre sacaba un objeto de un bolso que llevaba a sus pies, el muchacho depositó el bote de su refresco vacío en una bolsita que colgaba del respaldo. Al erguirse, sus ojos se centraron en el objeto que su compañero de pasaje apoyaba sobre el regazo.

—Eso es... —hizo una pausa dubitativo— ¿un libro de papel? Es la primera vez que veo uno. En el colegio nos han hablado de ellos.

El pasajero sonrió.

—¿Crees que puedes encontrar ahí cualquier publicación, verdad? —dijo, señalando el ordenador del asiento—. Venga, a ver si localizas este libro.

Sonriente, el muchacho tecleó en la pantalla el título del libro: *El malestar en la cultura* y el nombre del autor, Sigmund Freud. La pantalla mostró un único resultado: «Información inexistente».

—¡Qué raro! —murmuró el niño— ¿Me lo deja un momento? Igual es que no escribí bien los datos...

El pasajero asintió y el muchacho se apresuró a coger el libro para ojearlo y teclear con cuidado. Esperó expectante, pero la pantalla solo escupió la misma respuesta. El chico no se dio por vencido. Tecleó solo el nombre del autor. La red, por fin, arrojó un resultado que informaba de la única obra de aquel Freud: *La interpretación de los sueños*.

—Pero en el colegio nos dijeron...

—Pedrito, no molestes al señor —intervino la madre.

—No se preocupe, señora, no me molesta. Es un chico muy simpático.

—Soy Cris Laurent, su madre.

—Y yo me llamo Adelina —dijo la niña—. ¿Usted cómo se llama?

—Peter Wins... —carraspeó—. Marlow, pero puedes llamarme Peter.

—¿A qué te dedicas? —prosiguió la muchacha.

—Soy policía en Providence.

—Ah, por eso vistes tan extraño.

El hombre la miró divertido. Casi todos los pasajeros del avión —excepto los ancianos— vestían prendas en las que se mezclaban los colores azabache y la espuma de mar, o rioja y oro, bruño y albahaca, en diseños con logotipos de marcas. La que más abundaba era CC. Aquellos dos niños —de unos doce y nueve años, respectivamente— llevaban el pelo engominado y pintado de amarillo canario; sus ropas eran de color rojo con círculos blancos y calzaban unas deportivas con una suela que

emitía reflejos verdosos. De reojo echó un vistazo a la madre. Su pelo estaba teñido de púrpura y el vestido era verde con figuras geométricas estampadas de diferentes colores. En cambio, él vestía pantalón tejano de Levi-Strauss y una cazadora negra, tonos solo habituales entre personas muy mayores o indigentes.

—Mi ropa te parece triste, ¿verdad? ¿Qué me recomendarías? —preguntó con una sonrisa.

—Pues colores vivos y claros, más alegres, ya sabes...

La conversación con la muchacha quedó interrumpida. Las luces de la cabina se apagaron y la voz del comandante informó del inminente aterrizaje. En el New World las largas pistas de aterrizaje habían sido remodeladas. Las aeronaves ahora tomaban tierra en vertical, al igual que el despegue, por lo que los accidentes en estas maniobras habían desaparecido. El Vertical Take-Off and Landing o tecnología VTOL, que había comenzado como una patente de los viejos cazas Harrier que aterrizaban sobre la cubierta de los portaaviones, se había extendido al mundo comercial. Y los *jets* privados eran capaces de aterrizar sobre los tejados de los edificios.

Minutos después los pasajeros recogían sus equipajes de mano y se disponían para la salida. La evacuación de la aeronave se desarrolló con rapidez. A continuación formaron una larga fila que llegaba hasta la entrada del aeropuerto, donde cada pasajero colocaba el antebrazo frente al lector del Chip de Identificación Internacional para entrar en West Europe.

Peter Marlow pasó su mochila por el escáner y el policía de aduanas rozó su antebrazo con el lector. La luz verde del detector tardó unos segundos en aparecer, tras un breve parpadeo color naranja.

—Señor —le dijo el agente de aduanas—, no se olvide de renovar su *chidint*. Le caduca en cuarenta y ocho horas.

—Muchas gracias por el recordatorio.

—Bienvenido a West Europe, señor Marlow.

El hombre cargó la mochila a la espalda y emprendió la ruta que le iban indicando los letreros de salida, cuando una voz a sus espaldas le hizo detenerse:

—Señor Peter... Señor Peter...

Giró la cabeza y vio al niño del avión que corría hacia él.

—Se me olvidó devolvérselo —dijo, tendiéndole el libro.

Trass entregarlo, se alejó al encuentro de su hermana y su madre, que se despedían del hombre desde lejos.

El pasajero, con el libro en la mano, se quedó paralizado. Echó la vista, muy despacio, hacia las aristas del techo. El parpadeo de las luces rojas indicaba que las cámaras de seguridad estaban en funcionamiento. Le sobrecogió un escalofrío. Sabía que, en cuanto los agentes de la Coumenn Corporation visualizaran las grabaciones y pudieran identificarlo, esos niños y su madre serían carne de calabozo.

No debía olvidarse de sus nombres: Cris Laurent y sus hijos, Pedro y Adelina.

Y entonces, como si fuera un fognazo, recordó las imágenes de Bartolomeo di Fruosino para el *Infierno* de Dante Alighieri. Aquella estampa del averno era lo más parecido al Kein Platz que había conocido.

CAPÍTULO 2

Comienza la caza

AL DÍA SIGUIENTE, al amanecer, el general de división Warren Mendoza y el teniente coronel Robert McRae se hallaban a quinientas millas del antiguo Washington DC, en la sala de proyecciones holográficas y almacén de datos de la Brigada Génesis, situada en la planicie de Cumberland, en el estado de Tennessee. Ambos vestían su uniforme de combate, el nuevo exoesqueleto: pantalones, guerrera, guantes y botas del moderno kevlar-1001 negro. Todo se ajustaba al cuerpo como la licra y era igual de ligero, pero blindaba el cuerpo de cualquier trozo de metralla y lo protegía de temperaturas extremas.

McRae activó la pantalla táctil y la sala se iluminó con un cono de luz azulada desde el techo. Pulsó un icono del monitor, que mostró la imagen tridimensional del reo en el corredor de la muerte que ya habían visto en la sala de juntas. En esta ocasión, el teniente coronel prestó atención al nombre superimpreso: «Trinidad Ramalho da Costa. Nacido en la antigua España, actual tercera provincia de West Europe. Madre nacida en el antiguo Portugal, actual quinta provincia de West Europe... Padre nacido en...». El resto poco o nada le interesaba, por lo que tecleó en la pantalla y aceleró la secuencia.

«Inspector jefe de la Policía de España. Condenado a muerte por el magnicidio del senador Matt Coumenn... Le quedaba un mes para cumplir cuarenta años...», leyó. Detuvo la proyección y se giró hacia Mendoza.

—Mi general, ¿ese senador tiene algo que ver con la Coumenn Corporation?

—Es su fundador.

—Curioso... —murmuró McRae mientras buscaba información sobre Matt Coumenn—. Aquí dice que fue el «creador de la política del mayor rendimiento social».

—El senador Matt Coumenn, durante la grave crisis financiera que hundió el Old World, propugnaba la eliminación total del gasto social para los desclasados. Ya sabe: prostitutas pobres, mendigos, sin papeles, sin techo, jóvenes delincuentes, ancianos sin pensión, minusválidos, niños con malformaciones o disminuidos psíquicos, enfermos crónicos... «Los prescindibles», como los llamaba.

—¿Y qué proponía hacer con ellos?

—Recluirlos, separando a hombres y mujeres para que no pudiesen reproducirse, y proporcionarles una alimentación básica que solo asegurara su subsistencia precaria, sin permitir la acumulación económica. Aseguraba que aquello posibilitaría un ahorro sustancial y un mejor aprovechamiento de recursos e impuestos.

—Interesante. Un senador clarividente. Su tesis ha triunfado sesenta años más tarde.

—Se llegó a decir que el senador había tenido una epifanía sobre ese particular

—¿Una epifanía?

—Eso dijeron, pero no sé más.

El holograma del preso en el corredor de la muerte dejó paso a las imágenes en el Aeropuerto Internacional de Los

Ángeles, el Donald Trump. El teniente coronel las amplió, dejando en primer plano el rostro de su objetivo: pelo corto y moreno, barba de dos días, tez blanca, ojos negros, mandíbula marcada en rostro seco, nariz... McRae frunció el ceño.

—Un momento. Ese tabique nasal... Parece un injerto.

El general Mendoza, extrañado, volvió a tocar un icono del monitor y las imágenes mostraron lugares ya desaparecidos del Old World. Las detuvo. «Nacido en el pueblo de Ciaño, Asturias, despoblado desde el cierre de las minas de carbón. En su juventud practicó boxeo y ganó el título de...».

—Sospecho que ahí está la respuesta —dijo el general a un McRae pensativo.

El teniente coronel solicitó más información a la máquina. Enseguida aparecieron las Olimpiadas de Atlanta, con la leyenda: «Categoría pesos crucero.... Medalla de Oro 1996... Dieciocho años».

—Así que fuiste campeón olímpico de boxeo —masculló McRae.

Tecléo para ampliar la información sobre su carrera profesional: «Ingresó en la Policía en... Ascendió a... Jefe del Grupo de Seguridad de Su Majestad el Rey de España, Felipe VI, cuando el monarca asistió al Capitolio para la toma de posesión de Donald Trump como emperador de los Estados Unidos en... Al regresar a España recogería el despacho de comisario de policía...».

El holograma cruzó imágenes, superponiendo el corredor de la muerte con el Aeropuerto Donald Trump de Los Ángeles, mientras el teniente coronel escrutó detenidamente a su objetivo.

Algo llamó su atención en las imágenes del aeropuerto. Hizo *zoom* sobre las manos de Da Costa: las uñas eran largas y la del meñique crecía en cuña, los nudillos tenían callos que sobresalían como una coraza... Amplió aún más el fragmento

de las manos, que ocuparon entonces un tercio de la sala. Las volteó para escudriñar cada ángulo.

—Esas manazas solo las he conocido en los legendarios *senséis* —dijo McRae.

—¿Cómo dice?

—Observe esas manos, mi general. Son manos de *senséi*.

—«El que ha nacido antes», los llamaban. «El que ha recorrido el camino». Creí que ya no quedaba ninguno.

El teniente coronel proyectó la imagen de las manos de Da Costa durante su encierro en el corredor de la muerte, casi sesenta años atrás, y, a continuación, las que presentaba en la actualidad.

—Esa es la única diferencia física en estos años.

—Interesante. Manos capaces de soportar el dolor y de romper el cuello a cualquiera sin esfuerzo.

—¿Dónde cojones estaría metido este tipo todos estos años?

—Tal vez podamos averiguarlo —dijo el general, al tiempo que manipulaba el monitor.

—¿Qué busca, mi general?

—Las víctimas de asesinatos durante el último medio siglo cuyo objetivo haya sido apoderarse de un *chidint*.

—Eso será un callejón sin salida, habrá cientos de miles.

—Tal vez no sean tantos...

La pantalla mostró la cifra «171 318».

—Se lo dije, mi general.

Mendoza no respondió a su pupilo. En el motor de búsqueda escribió: «Solo hombres». La cifra descendió a 93 027. Solicitó: «Solo blancos». Esta vez disminuyó a 38 169. «Edad entre treinta y cincuenta años», fue la nueva petición. La siguiente selección —«Peso entre 170 y 200 libras»— arrojó un resultado de 5 348.

—Todavía son demasiados —masculló McRae.

El general acotó aún más: «Solo en Estados Unidos», por lo que el número quedó en 1440. A continuación instaló en la pantalla el mapa de Estados Unidos. Las mayores concentraciones de esas muertes se producían en los antiguos estados de Nueva York, California y Texas. Eliminó los casos resueltos. El número bajó a 712, pero los estados que reunían las densidades más altas de estos casos eran los mismos.

—Si no se le ha localizado hasta ahora —susurró el teniente coronel—, puede que siempre utilizara el mismo *modus operandi*: asesinar a alguien que fuera a viajar durante una temporada larga, para que la denuncia por desaparición se hiciera tarde y las autoridades se retrasasen en descubrir el cuerpo.

—Probemos.

El general Mendoza eliminó de la búsqueda algunos estados, los que presentaban menos casos o casos aislados. Se quedó con los tres cuyos casos sumados representaban casi el setenta por ciento del total: 498. Solicitó conocer los intervalos que, en cada uno de ellos, mediaban entre la muerte y el hallazgo del cadáver en esos tres estados. En Nueva York resultó un período de entre uno y siete días y en California, de tres a doce, mientras que en Texas era de treinta a noventa días.

—Si nuestra hipótesis es cierta, el objetivo ha pasado al menos este tiempo en Texas.

El mapa del estado de Texas ocupó toda la pantalla y sobre él, con puntos rojos, apareció señalada la ubicación de los cadáveres. La mayor concentración se situaba lejos de las grandes ciudades como Houston, Dallas o San Antonio... El sudoeste del estado, en cambio, estaba repleto de puntos rojos. Ampliaron la zona. Se trataba del noroeste del condado de Upton.

—Curioso, forma una corona circular de algo más de cien kilómetros de radio.

—Luego...

—Nuestro objetivo —le interrumpió Mendoza— ha vivido en algún sitio dentro de ese círculo y salía de vez en cuando a apoderarse de un chip en lugares diferentes.

—Lo que no alcanzo a entender, mi general, es cómo nadie dio la voz de alarma ante tanta muerte.

El general no le respondió. Estaba revisando en el ordenador la identidad de los cadáveres, detectados por sensores vía GPS. La relación de nombres fue ocupando el espacio del holograma. Mendoza solicitó posibles antecedentes criminales de los fallecidos. Una ventana blanca surgió a la derecha de cada apellido. Desplegó la primera: «Condenado por violación». La del segundo: «Asesinato». Y el resto: «Secuestro», «Proxenetismo», «Tráfico de armas», «Tráfico de estupefacientes», «Atentados contra el Estado y la Coumenn». Los delitos se sucedían, nombre tras nombre.

—Ahí está la explicación, mi general: el tipo siempre ha matado desechos humanos.

—La mierda social. Así nadie se preocuparía de buscar al asesino.

—Ajustes de cuentas, concluirían.

—Veamos qué carajo hay dentro de esa corona circular.

Ampliaron el mapa hasta que la circunferencia de puntos rojos ocupó la pantalla. El general pulsó otro icono y se abrió el mapa satelital del condado. «Condado de Upson... 3 200 kilómetros cuadrados, 2 800 habitantes... Localización sobre la meseta de Edwards de...». A esas referencias de tamaño y población siguieron otras que indicaban la superficie de cada parcela y los datos de sus propietarios: «Rancho McGregor. Acres... Habitado por...». La información de cada chip identificativo se desplegaba en el monitor. Luz verde, uno a uno.

—¿Qué cojones será eso, mi general? —exclamó de pronto el teniente coronel, apuntando con el índice un terreno habitado por innumerables nombres. Hombre, mujeres, niños...

—Parece un asentamiento. Quizás cuáquero... O amish.
—¡Unos aspirantes a trogloditas! ¿Viviría con ellos?

La Ley de Reclusión del New World había encerrado en guetos a todos los individuos o colectividades considerados improductivos. Sin embargo, los cuáqueros y los amish eran autosuficientes: despreciaban la vida acelerada de las urbes, las tecnologías y la desafección religiosa del mundo, y se las habían arreglado para no necesitar nada de él. Vivían libres y sin contacto con la civilización.

—Es un buen lugar para ocultarse mucho tiempo, pero...
—respondió el general, mientras revisaba la lista de los miembros de la secta. Luego, cruzó los nombres con los de los chips de los asesinados. Ninguno de esos dispositivos había pasado por allí.

—Falsa alarma.

A vista de pájaro por el mapa escrutaron dos ranchos más. Nada. Pasaron unas lomas. En el valle se extendían plantaciones rectangulares separadas por jalones de piedra o madera, con una especie de templo en el centro de cada una.

—Un templo Shaolin —escupió McRae.

—Lo que explicaría sus manos de *senséi*.

Mendoza rozó la pantalla y las identificaciones de los habitantes del templo —cincuenta y dos— se desplegaron con una luz verde a su derecha. Aparecieron sucesivamente los nombres de quienes habitaron la colonia durante cortos períodos en años anteriores, lista que cotejó con la de los muertos.

—Pleno —exclamó el teniente coronel.

Todas las víctimas de aquellos homicidios parecían haber pisado aquella tierra propiedad de los monjes. Pero, en realidad, los que verdaderamente habían estado en el lugar eran sus chips.

—Ya sabemos dónde se ocultó —dijo, satisfecho, el general.

El teniente coronel se giró hacia su superior.

—¿Les haremos una visita?

Mendoza asintió, en silencio.

—Gracioso —dijo McRae—, por mucha tecnología que dominemos, al final hay que enviar siempre a la infantería.

—Prepare su unidad. Mañana la quiero allí para un rastreo en profundidad de la zona y comprobar si nuestra hipótesis es cierta.

CAPÍTULO 3

Vallekas Resistente

EL HOMBRE CON EL *CHIDINT* de Peter Marlow se había dirigido a los accesos del metro. Antes se había acercado a la madre y los niños para preguntarles, de modo casual, su domicilio. Toda precaución era poca. Después se detuvo frente al plano interactivo de la ciudad para comprobar cuánto había cambiado desde su última visita, seis décadas atrás. Un detalle le resultó desconcertante: muchas de las estaciones habían desaparecido o cambiado de nombre. Daba la impresión de que los restos de las antiguas líneas del suburbano se limitaban al extrarradio del Madrid que conoció, mientras que en el centro se habían habilitado otras o... Algo llamó su atención: no existían enlaces ni cruces entre las líneas del centro marcadas en rojo y las del exterior, pintadas de azabache. Un círculo trazado en amarillo marcaba la linde entre un llamado «Macrocentro-Utopía 20AB» y el resto.

—Perdone—dijo, dirigiéndose a un vigilante armado situado en los tornos de acceso al metro—, soy nuevo en la ciudad. ¿Qué línea tengo que coger para llegar al Estado Confederal de Vallekas?

El guarda se tensó mientras palpaba la empuñadura del arma.

—¿Por qué demonios quiere ir ahí?

—Solo quería saber cómo se llega, pero... Gracias.

—Mire, coja un aerotaxi.

—Eso haré —musitó de soslayo mientras se acercaba de nuevo al mapa. La vetusta Línea 1 se cortaba en la antigua parada de Pacífico, renombrada Nuevo Orden. Para llegar a la antigua parada de Puente de Vallecas, que curiosamente conservaba el nombre, había que acceder desde una nueva línea que bordeaba la ciudad. Absorto en el plano, se percató. sin embargo, de que cuatro guardias se aproximaban por uno de los túneles, acompañados de dos pitbulls sin bozal. El vigilante había pedido refuerzos y se disponían a identificarle.

A pesar de que podría reducirlos en no más de diez segundos, prefirió pasar inadvertido y —siguiendo su instinto y las enseñanzas de sus maestros— se deslizó como un reptil hasta perderse entre la multitud y alcanzar el exterior.

Necesitaba un aerotaxi, y rápido. Al llegar al primero de la parada, abrió la puerta trasera y arrojó la mochila en el asiento.

—Arranque...

—Ya mismo enciendo el motor, amigo —dijo el taxista con un acento que al pasajero le recordó a las Islas Canarias.

El vehículo se elevó del suelo y plegó las ruedas para iniciar un vuelo a una altitud de veinte metros.

Antes de bordear el primer edificio, Peter Marlow miró hacia atrás. Los guardias habían llegado a la parada. O su *chidint* había sido localizado o algo raro había presentado el vigilante del metro. Seguramente, pensó, el desencadenante se produjo al mencionar el Estado Confederado de Vallecas. Tal vez era el momento de comprobar qué papel jugaba ese nombre en esa ciudad.

—Amigo —repitió el taxista mirándole por el retrovisor—, no me ha dicho adónde quiere ir. —Y señalando el taxímetro digital, añadió—: Y esto, ya sabe, también vuela.

—No se preocupe, usted continúe.

El chófer se encogió de hombros y sobrevoló lo que parecía una vía rápida por una corriente de aire. En menos de diez segundos, el velocímetro había alcanzado los ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¿Qué combustible utiliza?

—Dióxido de carbono, amigo. Ya ve, lo último en ecología: consume anhídrido carbónico y expulsa oxígeno.

—Supongo que también será más económico.

—Supone mal. Las botellas de dióxido solo las vende la Coumenn Corporation y su precio está por las nubes.

El pasajero contempló el exterior. Aún era de noche. La autovía sobre la que sobrevolaban pasaba a los pies de una gran muralla que encerraba una gigantesca ciudad, sobre la que habían construido un teleférico con innumerables vagones, a imitación del que había conocido años atrás sobre los cielos de La Paz.

—¿Cuándo construyeron ese muro?

—No lo sé, amigo. Hace diez años que llegué de las islas y ya estaba ahí.

—¿Qué hay dentro?

El taxista sonrió y volvió a mirarle a través del retrovisor:

—Usted no es de los que leen las guías turísticas, ¿verdad?

—dijo, guiñando un ojo—. Ahí dentro está el antiguo Madrid, su Microcentro-Utopía 20AB.

El plano del metro regresó a la mente del pasajero.

—Ah, algo he leído —comentó—. La antigua Línea 1 se interrumpía en una parada llamada Nuevo Orden... Luego... Puente de Vallecas queda en el exterior, más allá del muro.

—Claro, amigo. El New World expulsó Vallekas de Utopía
20AB o... Hay quien dice que Vallekas no quiso unirse.

—Lléveme a Puente de Vallekas.

El taxista, desconcertado, giró la cabeza hacia su pasajero.

—¿Sabe que desde ayer a las doce se han reiniciado hostilidades...?

—¿A qué se refiere?

—Un artefacto explosivo en el Microcentro voló la estatua de la CEO, la Gran Hermana. El atentado lo reivindicó Vallekas Resistente. Ya sabe, el grupo terrorista.

—¿En qué afecta eso a la entrada en el estado confederal?

—Pues en que se encontrará dos fronteras, la de Utopía
20AB para salir y la de Vallekas para entrar, con la obligación legal de mostrar el *chidint* a la autoridad que se lo requiera.

—Sí, sí, claro.

Diez minutos más tarde, el vehículo se detenía al comienzo de la antigua avenida de la Albufera. El pasajero extendió su antebrazo y el taxista deslizó el lector de chips. Luz verde, seguida de un parpadeo naranja.

—Tiene que renovar su *chidint*, está a punto de caducar.

—Lo sé.

Mientras el taxista se inclinaba hacia la guantera buscando algo, el pasajero bajó el brazo para ocultarlo detrás del asiento delantero. Sin que el otro se percatara clavó la uña del meñique en el antebrazo y extrajo el *chidint*, que cayó, junto con una gota de sangre, en el piso del vehículo.

En el cabezal del asiento delantero se iluminó una pequeña pantalla.

—Ya tiene listo el lector para el bizum.

El pasajero acercó la esfera del reloj al lector.

—Todo correcto, señor Marlow.

El hombre salió del vehículo con la mochila al hombro.

La gran muralla quedó a su espalda; al frente se abría iluminada la ancestral avenida de la Albufera, cuyo nombre actual ignoraba. La contempló unos instantes como quien recupera una joya de familia, para comprobar que apenas había cambiado. Pero en el ambiente se respiraba algo extraño: los edificios habían duplicado su altura y las fachadas lucían muy limpias. Las aceras, repletas de desperdicios en otros tiempos, ahora estaban impolutas. Los semáforos, recién pintados. Y no había mendigos en las aceras ni bancos cubiertos de cartones. En cambio, los vehículos de carga y descarga eran modelos de hacía más de medio siglo, por lo que, pensó, se moverían con el mismo combustible de antaño. El flujo del tráfico era denso y abundaban los dibujantes de caricaturas y pintores que instalaban sus tenderetes. También se veía gente vestida de oscuro que ocupaba las calles con puestos de flores y alimentos... Nunca había visto el barrio tan pletórico y menos a una hora tan temprana: aún faltaba bastante para el amanecer.

Alzó la vista y descubrió un cielo grisáceo oscuro rayado de un trenzado color vino tinto, que no reconoció.

Se fijó que el célebre Puente de Vallecas había desaparecido y en su lugar se extendía una gran muralla de hormigón coronada con alambre de espinos y pintada de grafitis. Parecía separar dos mundos: se acordó del antiguo Muro de Berlín, del de Gaza o del alzado entre Ciudad Juárez y El Paso hacía ya una eternidad. Observó con detenimiento los dibujos y eslóganes: «Cualquier sistema que montéis sin nosotros será derribado», firmado: «Vallecas Resistente», y un símbolo: una «R» sobre una «V». con una llama en medio, que le recordó la insignia de la 13^a Semibrigada de la Legión Extranjera. A su lado, otro grafiti decía: «Con la verdad ni ofendo ni temo».

Se metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó una caja a modo de pastillero, que en realidad era un pequeño recipiente de plomo en el que guardaba varios *chidint*. Escogió uno para insertárselo en el antebrazo. Después presionó la herida con un pañuelo de papel para impedir que alguna gota de sangre cayera al asfalto. Mientras se acercaba al final de la larga hilera que terminaba en la aduana, ajustó el reloj para que los próximos cargos no se dirigiesen a la cuenta de Peter Marlow, sino a la asignada al nuevo *chidint*.

Al cabo de veinte minutos, llegó al puesto de control. De reojo miró la herida provocada por el injerto del chip en el antebrazo para comprobar que en efecto había cicatrizado. Puso la mochila en la cinta para la supervisión del contenido y extendió el antebrazo ante el lector de *chidint*.

—Bienvenido, padre Lucas —le saludó el guardia.

—Gracias, hijo.

Se colgó la mochila al hombro y emprendió el ascenso por la avenida de la Albufera.

Todo se mantenía más o menos como lo recordaba: tabernas, pizzerías, restaurantes, tiendas de ropa y alimentación... La avenida de la Albufera se había convertido en una zona semipeatonal, recubierta de adoquines y rodeada por una fila de estatuas, que le recordó a las calles de Rapid City, en Dakota del Sur, donde las estatuas de los presidentes de los antiguos Estados Unidos se erigían en las aceras.

A pesar de esos cambios menores, el ayer le llegaba con las mismas voces, los mismos rostros tatuados en las paredes, las historias que nadie contaba desde las casas cargadas de tragedias y muertos, los dramas imperecederos debajo del asfalto... Sin embargo, todo resplandecía, como si nadie osara tirar un papel al suelo. Con las fachadas pintadas de colores vivos, le pareció, más que el Vallekas en el que había vivido,

una versión vulgarizada del barrio de La Boca en Buenos Aires.

Según avanzaba se percató de que los cajeros automáticos habían desaparecido de la avenida, al igual que los bancos. Se acercó a la primera estatua de la enorme hilera a lo largo de la avenida: «Ángel Nieto, 1947-2017», leyó. También distinguió el monumento al Payaso Fofó. Las estatuas se sucedían: «Padre Llanos 1906-1992», «Ángeles Rodríguez Hidalgo, la abuela rockera 1900-1993», «Poli Díaz...», «Luis Pastor...». La dedicada a Ismael Serrano fue la última que contempló antes de girar por la calle Concordia, que recorrió como un autómatas —a fin de cuentas la memoria, antes incluso de recordar, siempre reconoce— para entrar en el antiguo bulevar de Peña Gorbea.

El tiempo se había detenido: los mismos bancos ocupados por hombres, mujeres y niños de todas las etnias, todo seguía en el mismo sitio. También la ancestral estatua de la abuela rockera con el puño cerrado y el índice y el meñique extendidos presidía el ágora. El ahora padre Lucas sonrió, la abuela era la única que conservaba dos estatuas en aquel barrio mestizo.

Inspiró hondo: disfrutaba del aroma a churros, porras y café reciente que le transportaba al pasado. Todo estaba tal y como lo recordaba, pero mejor conservado. Todo, excepto aquella muralla que separaba el Microcentro-Utopía 20AB de Vallekas.

Con la mochila al hombro paseó por el bulevar. Al llegar casi al final, distinguió el antiguo Mercado de Puente de Vallecás, que mantenía su antiguo nombre. En la puerta principal comprobó que seguían llegando camiones a descargar la temprana mercancía. El hecho de que siguiera abierto le reconfortó. Después, su mirada regresó al muro de hormigón, ahora iluminado por la tímida luz del alba.

Callejeó sin rumbo, rutina que no había abandonado tras seis décadas, como la de un *flâneur* parisino, un detective de

los recovecos de la ciudad, a los que tanto elogiaba Walter Benjamin. Recorrió la otrora calle Cerro de Garabitas, ahora Pintora Ángeles Santos, y se detuvo en el número 6, donde se ubicaba entonces el gimnasio Olimpia, en el que había pasado tantos ratos entrenando. No quiso que los recuerdos le hicieran perder mucho tiempo y siguió caminando.

Al cabo de media hora, regresó por la avenida de la Albufera, a la altura de la boca del metro de Nueva Numancia. Se fijó en la estatua: «Juan Malasaña Pérez... Héroe de la independencia española». Como si de una nación fuera, el estado confederal había levantado estatuas a sus héroes para construir su identidad y reformular su mito de origen. El antiguo barrio se presentaba ante él lleno de interrogantes.

Con esos pensamientos, cruzó la avenida y se situó a la entrada de Puerto de Canfranc. En esa calle había vivido los últimos veinte años antes de ser encerrado en una penitenciaría de máxima seguridad en los Estados Unidos. Allí estaba su antigua vivienda, donde residía con su mujer y su hija, Paula, cuyo paradero ignoraba. Ni siquiera sabía si estaba viva. Las caras de sus vecinos y amigos, la imagen de la librería de viejo de su amigo el Coronel, donde tantos casos policiales desenmarañaron juntos... Todos aquellos recuerdos le atravesaron en ráfaga. Siguió por la Albufera, dejando Puerto de Canfranc atrás. Tendrían que pasar unos días, pensó, para ser capaz de enfrentarse a su pasado. La voz de La Chicana lo alcanzó con los versos de un tango:

En el pasado todo el tiempo dura igual,
un mal segundo es una década normal...

Después de vagar por las calles, su instinto lo condujo a los pies del Parque del Cerro del Tío Pío. Aunque ya había amanecido, parecía como si los rayos del alba remolonearan.

Había grupos caminando por sus sendas y jóvenes tumbados en los prados. Transcurría el año 2084, pero todo se antojaba tan familiar como seis décadas atrás.

Ascendió por una de las lomas, pisando un césped segado y recién regado. Al llegar a la cumbre, una mujer mayor, pequeña y delgada, con la cabeza muy grande, apoyaba una silla frente a un caballete, como si se dispusieran a pintar un cuadro. Da Costa se sentó sobre la hierba, a unos metros de distancia, para contemplar el ascenso del sol. También divisaba el interior de las murallas, el Microcentro-Utopía 20AB y los vagones del teleférico que pasaban sin cesar cargados de gente.

Desde la loma se podían contemplar los frentes de los edificios de Utopía 20AB, todos acristalados y en cuyos tejados se veían plantaciones de hierbas o flores. Al fondo distinguió las torres del antiguo Business Area. Antaño, solo cuatro: Cepsa, PwC, Cristal y Espacio. Ahora ya eran más de veinte. Las nuevas construcciones superaban en varias plantas a la Torre Cristal, entonces la más alta. Sin embargo, todas resultaban insignificantes comparadas con la semiesfera amarilla del fondo.

Las esferas gigantes, de casi medio kilómetro de altura, se habían diseminado por todas las grandes urbes del mundo. Como todo imperio en cada era de la Historia, había contado con edificios emblemáticos. Y ahora el cibercapitalismo levantaba aquellas esferas amarillas para dejar su impronta.

—¿Turista? —preguntó una voz a su derecha.

Se giró. La mujercita de la cabeza grande había fijado varios lienzos de papel sobre el caballete y lo miraba mientras sacaba migas de pan de una lata y las esparcía sobre la hierba. Algunas palomas revoloteaban cerca de ella.

—No.

—Mejor, porque no me gustan los turistas.

La mujer tosió, una, dos, tres veces. Y siguió lanzando migas.

La mirada de Da Costa regresó a la muralla. Transcurrido un minuto, sin apartar la vista, preguntó:

—¿En qué año construyeron la muralla?

La mujer se sacudió las manos, lo que provocó un pequeño revuelo entre las collarejas. Se calzó una boina negra, se acercó a Da Costa y se unió a la contemplación del muro. Con parsimonia lió un cigarrillo y lo encendió. Después de la primera calada, le respondió con calma:

—Tiene casi la misma antigüedad que la yema del «huevo frito» —dijo, mientras señalaba el horizonte.

Da Costa levantó la vista hacia las cumbres nevadas de la sierra. Entre la cordillera y las antiguas torres Business Area volvió a divisar la semiesfera dorada coronada por las letras CC.

—¿Sabe qué es eso?

—La sede en este territorio de la Coumenn.

—Coumenn Corporation... —murmuró.

La anciana lo observó un instante. Sin mediar palabra, le señaló un inmenso letrero digital a la entrada del edificio.

—«La empresa que salvó al mundo occidental de su desaparición» —leyó Da Costa—. Un viejo amigo mío, vallekano de pro, solía decir que, a veces, lo que te salva la vida acaba por arruinártela...

La mujercilla pareció sorprenderse.

—¿De dónde demonios viene usted?

Da Costa simuló no haberla oído. Al no obtener respuesta, la mujer se encogió de hombros y regresó al lienzo. De tanto en tanto, echaba un vistazo al hombre, que seguía sentado en la hierba como hipnotizado, contemplando cómo el sol bañaba de colores el horizonte.

Al rato la pintora se volvió a acercar a él.

—Me llamo Concha —dijo y le tendió la mano—. Pero todos me llaman señorita Hetty.

—¿Señorita Hetty? Un nombre original.

—A principios de siglo XXI del Old World, la actriz Linda Hunt, que, claro, ya ha fallecido, interpretó en una serie el papel de jefa de operaciones de una brigada policial, con ese nombre. Todavía se puede ver en canales de pago de la Red CC.

—Lo siento, nunca oí hablar de ella.

Mentía. Aun así ella insistió:

—También protagonizó la película *Poli de guardería*, con el actor aquel que fue gobernador del antiguo estado de California. Ella hacía de directora de un colegio.

—Lo siento —volvió a excusarse Da Costa.

—Como sea, los vecinos me apodaron señorita Hetty.

Él se levantó para acercarse al cuadro que estaba pintando la mujer. Consistía en varios pliegos de papel superpuestos. Al contemplar el primero no pudo menos que exclamar:

—¡La madre que me...!

Aquella mujer dibujaba lo que parecía el interior de la esfera de la CC, con sus distintas plantas, pasillos y habitáculos.

—Qué imaginación la suya.

—No, no, imaginación ninguna. Son mis recuerdos.

—¿Recuerdos? ¿Acaso vivió usted dentro de la esfera?

—Toda mi infancia y parte de mi juventud, hasta que por mi corta estatura decretaron que padecía un tipo de enanismo imposible de tratar. Ahí dentro solo quieren seres superiores. Son racistas. Ante cualquier anomalía física o psíquica, si ven que con el desarrollo no se corrige, te expulsan al submundo, como ellos lo llaman.

—¿Y por qué recrea usted el interior?

—Tengo una salud muy delicada, pero mi memoria es extraordinaria. No olvido un dato, ni un nombre ni una imagen.

Algún día de estos no despertaré, pero quiero que mis recuerdos le facilite la... tarea... al que pueda entrar en la yema del «huevo frito».

—¿A qué tarea se refiere?

—Pues a volarla, claro está. A volarla en mil pedazos.